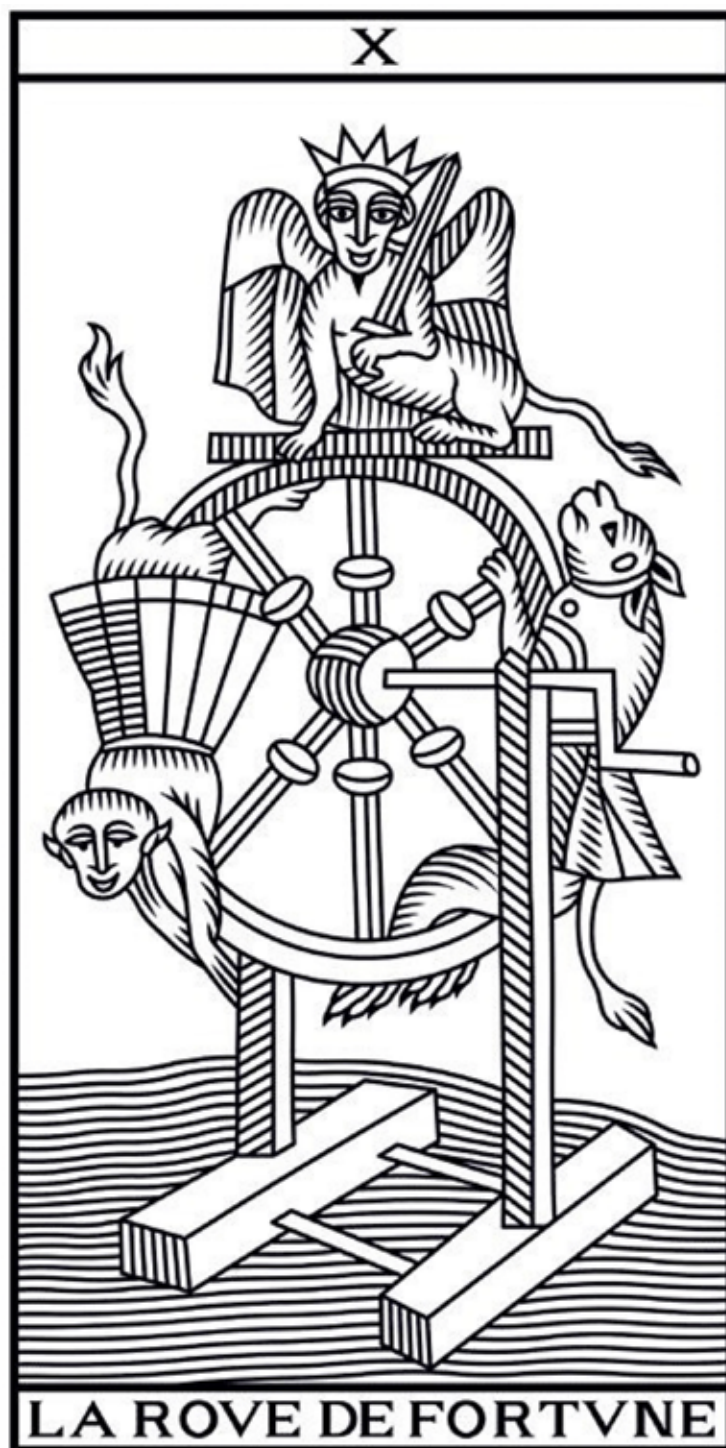


ARCANO NRO X

LA RUEDA DE LA FORTUNA





6. GUERRA UBICUA/ COMPUTACIÓN UBICUA

AGUSTÍN BERTI*

Un nuevo teatro de operaciones

¿Cómo mapear el estado de guerras transversal, general, distribuido, que se despliega hoy, a nivel macro y micro, contra pobres, mujeres, negros, contra el ambiente, contra formas de vida no capitalistas? Arriesgo una posición táctica: hablando el lenguaje de la guerra. En esa jerga gris, dos términos pueden asistir al cartógrafo provisorio, *teatro de operaciones* y *logística*, sobre los que volveré reiteradamente. Pero antes es necesario un breve parte desde el frente. Si la guerra es general, la escala del conflicto siempre es imperceptible para quien está el terreno, de allí la necesidad de mapear, de enviar avanzadas, de elevar informes. La dificultad estriba en cómo representarse un estado de guerra general que no se restringe a algunos teatros de operaciones más claramente delimitados por la disputa territorial entre estados soberanos (como en Ucrania), o por la disputa entre estados soberanos y facciones (como en Siria), o por situaciones de resistencia cercanas a la guerra civil (como en el Alto durante el golpe de estado en Bolivia).

* Agustín Berti es investigador en CONICET, director alternativo de la Maestría en Tecnología, Políticas y Culturas de la Universidad Nacional de Córdoba y profesor titular de Teoría Audiovisual en la Facultad de Artes, UNC."

Si aceptamos la tesis de Alliez y Lazaratto¹ sobre la modernidad como una continuidad indisoluble de guerra/economía/política, para preservar la utilidad del concepto de *guerra* (respecto de otras formas de violencia), necesitamos definir cuáles son sus teatros de operaciones. Y si bien hoy existen guerras entre estados soberanos que funcionan con las delimitaciones más convencionales (por mencionar apenas las más actuales: las ocupaciones estadounidenses de Afganistán e Irak, las disputas -suspendidas- por la soberanía de Taiwán o las Islas Malvinas, los reclamos por el territorio antártico, las demandas por el reconocimiento de Sudán del Sur, por el Sahara Occidental o por Nagorno Karabaj), la expansión del concepto de guerra desde la geografía hacia el interior de las sociedades demanda nuevos recortes. ¿Cuáles son los teatros de operaciones de la guerra contra las mujeres? Federici² y Gago³ señalan que es el cuerpo entendido como cuerpo-territorio, ligado a las violencias patriarcales, pero también a las violencias extractivas (superponiéndose/complementándose, en este punto, con las guerras contra los pueblos originarios). Pero también el espacio de lo doméstico, lo que expande la extracción de plusvalía mediante la tercerización en el trabajo en y desde los propios hogares. El teatro de operaciones de esa guerra general múltiple contra las poblaciones es a la vez el cuerpo-territorio, el hogar y los territorios donde hay recursos naturales, fuerza laboral y recursos cognitivos.

En este sentido, cabe llamar la atención sobre una decisión conceptual de la jerga gris. En 2016, la OTAN reconoció al ciberespacio como "un nuevo dominio de operaciones junto a los de tierra, mar, aire y espacio exterior".⁴ Se hace visible así el pasaje a una guerra civil generalizada que es a la vez desterritorializada (y reterritorializada), múltiple, irregular, colonial, contra la población:

Simultáneamente fractal y transversal: fractal porque produce indefinidamente su invarianza mediante el cambio constante de escala [...] y transversal, porque se despliega simultáneamente en el nivel macropolítico (haciendo uso de todas las grandes oposiciones duales: clases sociales, blancos y no blancos, hombres y mujeres...) y micropolítico (mediante *en-*

1. Éric Alliez y Maurizio Lazzarato, *Guerras y capital. Una contrahistoria*, Tinta Limón/La Cebra/Traficantes De Sueños, 2021, pp. 29-37.

2. Silvia Federici, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Tinta Limón, especialmente pp. 97-208.

3. Verónica Gago, *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*, Tinta Limón, 2019, pp. 90-93.

4. Flavia Costa, *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*, Taurus, 2021, p. 140.

gineering molecular que privilegia las más altas interacciones. [...] Por lo tanto, su primera característica es que más que una guerra *sin distinción* es una guerra irregular.⁵

Ese diagnóstico demanda, asimismo, una nueva caracterización de las máquinas de guerra que hoy difieren de las precedentes en su creciente capacidad de abstracción, íntimamente vinculada al proyecto cibernético.⁶ Tal abstracción se vincula a dos aspectos propios de las nuevas tecnologías: primero, la creciente *inespecificidad* (es decir, una máquina de guerra desarrollada para un ámbito específico puede aplicarse a muchos otros), y segundo, su *aceleración y escalabilidad* por virtud de la datificación y la automatización de procesos perceptivos, de inscripción, de almacenamiento, de análisis y de proyección (es decir, la reducción de cada ambiente a mapas altamente operativos).

Con todo, esta tecnología se materializa de un modo artefactual muy particular: el *celular*. A mi juicio, esta materialización deja entrever el nuevo teatro de operaciones en el que se canaliza la logística de los flujos globales de mercancías, personas y dinero. La denominación más precisa es, en realidad, dispositivo de computación ubicua, que, al menos durante las dos primeras décadas del siglo XX, estuvo asociada a los dispositivos que, anacrónicamente, asociamos a la "telefonía móvil". Mi hipótesis de trabajo para este ensayo será entonces que el celular es el nuevo teatro de operaciones.

Breve etimología política de los dispositivos de reticularización

El [dispositivo de computación] celular [no le digamos ya "teléfono"] prolonga la continuidad del sentido de guerra del *warfare* en el *welfare* ya señalado por Alliez y Lazzaratto, mediante el *hardware* y mediante el *software*. Los dos primeros términos son palabras compuestas que remiten al desplazamiento, el intercambio y la distri-

5. Alliez y Lazzaratto, *Guerras y capital*, pp. 42-43.

6. *Ibíd.*, p. 44. La continuidad de neoliberalismo y cibernética que proponen los autores repite, de modo menos efusivo, las tesis del colectivo Tiqqun. Ese supuesto es, cuanto menos, debatible. Cfr. Eden Medina, *Revolucionarios cibernéticos: tecnología y política en el Chile de Salvador Allende*, LOM Ediciones, 2013 y Javier Blanco, "Redimir, es decir intervenir mejor introduciendo recursión" en Andrés Maximiliano Tello, *Tecnología, política y algoritmos en América Latina*, Cenaltes, 2020, pp. 191-206.

bución de cosas y personas. *Fare* indica viaje, pasaje/tarifa de transporte, vituallas, sea para la guerra, *war*, como para el bienestar, *well*.

El aspecto de *organización de la distribución*⁷ inherente tanto al *warfare* como al *welfare* remite también al otro término militar que mencioné al principio, la logística. Un término de etimología ambigua para el que la Real Academia Española propone una definición que la asocia al cálculo y a lo militar,

[Del lat. mediev. logisticus, y este del griego. λογιστικός logistikós.] 2. f. Lógica que emplea el método y el simbolismo de las matemáticas. 3. f. Parte de la organización militar que atiende al movimiento y mantenimiento de las tropas en campaña. 4. f. Conjunto de medios y métodos necesarios para llevar a cabo la organización de una empresa o de un servicio, especialmente de distribución.

Sin embargo, en la tradición anglosajona se privilegia la segunda interpretación, y se atribuye su primera mención a un contrincante teórico de von Clausewitz, el militar suizo Antoine-Henri Jomini en su *Précis de l'Art de la Guerre*. Para Jomini, este "arte", es decir un saber técnico, tiene tres partes distintas: *estrategia militar*, *táctica militar* y, finalmente, *logística*, que se deriva del francés *logis*, vivienda. Así, la logística es el saber concerniente al despliegue de los ejércitos, y sus objetivos son atender a los pormenores materiales de las marchas y formaciones, y llevar a cabo el establecimiento de campamentos y acantonamientos sin atrincherar, antes de la consolidación de las posiciones. Todas cuestiones inherentes al concepto de *warfare* [los costos del viaje a la guerra y la provisión de las vituallas para las tropas]. Por ello no es de extrañar que la continuidad en el *welfare* también implique una logística distributiva [de salud, educación y transporte]. Como también lo recoge la cuarta acepción de la RAE, constatando una ligazón conceptual entre el campo militar y los campos político y económico. Lo que, me permito señalar, avala la idea de la continuidad indisoluble señalada por Alliez y Lazzaratto.

La *logística* es lo que, desde la retaguardia, garantiza la capacidad de operación de la vanguardia en el teatro de operaciones, sea éste la movilización general de

7. Y que, recuperando a Mumford, Alliez y Lazzaratto llaman "megamáquina", Guerras y capital, p. 36.

las grandes guerras o el trabajo fabril de la posguerra. Las líneas de comunicación, que centralizan la información y permiten la toma de decisiones son, por ello, fundamentales, y esto, como anticipé al comienzo de la sección, nos lleva al *hardware* y, luego, al *software*. El término que comparten ambas palabras compuestas, *ware*, designa "bienes de uso o intercambio". Los bienes fijos, rígidos, constituyen la infraestructura de las líneas de comunicación, las formas en las que el Estado podía captar información en los teatros de operaciones, los del warfare pero también los del welfare: oficinas públicas, tendidos telefónicos, cadenas de radio y televisión, servicios postales, tendidos ferroviarios, redes de carreteras, puentes y estaciones de servicio. A fuer de anacronismo, podría decirse que antes del proyecto cibernético, la territorialización ocurría mediante la instalación del *hardware*. Pero a partir de mediados del siglo XX, la logística, de origen militar, se va volviendo progresivamente cibernética, al automatizar la incorporación de *input*. O, dicho de otro modo, se modifica de manera cada vez más veloz la configuración de la retaguardia en función de lo que suceda en la vanguardia. Se vuelve vital disponer de una comunicación recursiva, capaz de incorporar los cambios del territorio a su favor y ampliar su capacidad de acción, optimizando sus operaciones. Esa maleabilidad habilitada por la abstracción y la estandarización es el *software*, que complementa y agiliza la infraestructura social más estable, el *hardware*.

Esta modesta deriva etimológica (y epistemológica) apunta a entender la novedad social que introduce la adopción masiva de celulares entendidos como dispositivos computacionales conectados en red que modifican sustancialmente los modos de la logística (que es como se gestiona la continuidad de guerra, economía y política) en el momento de retroceso del *welfare*, al alterar radicalmente los modos del producción, circulación y consumo.

El celular es, antes que nada, un nuevo dispositivo de territorialización. Como *hardware*, el aparato es a la vez dispositivo de mapeo (en tanto dispositivo de captura y transmisión de datos en tiempo real), sistema de navegación del espacio urbano y de las posiciones del trabajo eventual (bajo la integración del GPS y las plataformas austeras de las economías uberizadas), dispositivo de subjetivación y modulación del deseo (por la ampliación de la comunicación, ventana de exhibición y espacio de intimidad de los tiempos muertos del trabajo 24/7). Pero se integra plenamente a la maleabilidad del *software*. En tanto dispositivos de computación ubicua, las pequeñas máquinas universales de bolsillo son máquinas capaces de ser todas las infraestructuras al mismo tiempo y allí radica su potencia. Una potencia que no es

sólo mimética, ya que hacen mucho más que imitar el teléfono y la agenda, el correo y los buzones, las planillas de stock de los almacenes y las guías de transporte de los camiones... Y su ubicuidad se da por *estar casi siempre en red* (y cuando no lo están, de todos modos, continúan acumulando datos y actualizan la información ni bien recuperan la conexión).

Cuando la OTAN define al ciberespacio como un dominio de operaciones militares está asumiendo que la computación ubicua configura un nuevo territorio de disputa, que existe en la imbricación de servidores, redes y computadoras. Y hoy el celular es la modalidad más distribuida y capilar de la computación ubicua. Es, a la vez, el caballo y el camino. En ese sentido, la definición de *teatro de operaciones* de la teoría clásica de la guerra ("a small whole complete in itself") resulta insuficiente:

Denotes properly such a portion of the space over which war prevails as has its boundaries protected, and thus possesses a kind of independence. This protection may consist of fortresses, or important natural obstacles presented by the country, or even in its being separated by a considerable distance from the rest of the space embraced in the war. Such a portion is not a mere piece of the whole, but a small whole complete in itself; and consequently it is more or less in such a condition that changes which take place at other points in the seat of war have only an indirect and no direct influence upon it. To give an adequate idea of this, we may suppose that on this portion an advance is made, whilst in another quarter a retreat is taking place, or that upon the one an army is acting defensively, whilst an offensive is being carried on upon the other. Such a clearly defined idea as this is not capable of universal application; it is here used merely to indicate the line of distinction.⁸

Sí, como dicen Alliez y Lazzaratto, la guerra está generalizada, y si, como señala Gago, la financierización es uno de los rasgos característicos de esa generalización, ambos fenómenos ocurren por la posibilidad del cálculo constante y en tiempo real, que solo alcanza forma plena con la expansión de la computación ubicua al masivi-

8. Carl von Clausewitz, *On War*, Jazzybee Verlag, 1956, p. 16.

zarse la adopción social de los celulares.

Prehistoria de la computación ubicua

Hasta fines del siglo pasado, una de las formas más evidentes de computación ubicua estaba asociada a la integración del aparato represivo, la policía, con el aparato estadístico por excelencia, el Registro Civil, es decir la contabilización y archivo de las personas a cargo del Estado. Hasta hace un cuarto de siglo, "celular" era de hecho, el nombre del patrullero que, a través de la conexión con el comando radioeléctrico permitía integrar la ocupación efectiva (bien que momentánea) del territorio con la disponibilidad de los archivos estatales: la posibilidad de coordinar movimientos de los agentes en calle y chequear antecedentes a distancia vía radio resume muy bien la logística que el teléfono celular generaliza.

Mi intuición es que el pedido de documentos por parte de una patrulla puede leerse como una antecedente directo de la circulación en el espacio digital, es decir, la instancia de autenticación y chequeo de concordancia de los cuerpos con los *archivos* validados, que luego se extenderá a la logística que rige la economía de plataformas: el *delivery* con GPS y código QR actualiza esa deriva. O, puesto de otro modo, la expansión del policiamiento sobre la ciudadanía al ámbito del comercio (y la consecuente financierización). En esta adopción de la técnica de un dominio por otro, la guerra generalizada, además, se privatiza: hoy ya no pintamos el pianito en la comisaría, pero autenticamos el usuario del *homebanking* con el lector de huellas digitales del celular. O incluso más delicado, con el de MiArgentina o ANSES, integrados al reconocimiento facial que coteja con la base de datos biométrica del SIBIOS, acrónimo para el sugestivo nombre de la dependencia, Sistema Federal de Identificación Biométrica para la Seguridad. La burocracia no es agambeniana.

Pero, volviendo al patrullero y al radio comando, la datificación del policiamiento es uno de los rasgos que caracteriza las políticas supuestamente posraciales que van en tándem con las sucesivas guerras contra las propias poblaciones, así como el desacople entre discurso sobre el territorio y control efectivo del territorio.⁹ Si el *dato*

9. Keeanga-Yamahatta Taylor señala las "guerras" contra las drogas, por el orden público y contra el terror en la sociedad norteamericana como desplazamientos de la cuestión racial al "daltonismo", una supuesta indistinción de color para las políticas represivas que sin embargo reprimen más a gente con tonalidades de piel más oscuras. De #BlackLivesMatter a la liberación negra, *Traficantes de sueños/Tinta Limón*, 2017, p. 213. Así, se opera un pasaje de la cuestión racial a la engañosa cuestión del mérito: las malas elecciones personales, y ya no el color de la piel,

es el nuevo fetiche político, la manipulación de datos cobra valor estratégico. Porque, así como se cocina pasta base [y se estira la cocaína], se cocinan estadísticas [y se las dibuja].¹⁰

Aquí hay varios aspectos que se superponen y que hacen a la configuración de un espacio urbano altamente datificado como nuevo teatro de operaciones. La grilla urbana y la radiofrecuencia policial, insisto, son un ensayo de la gestión algorítmica de los territorios, un primer intento de compilación de datos en tiempo real, con los celulares transmitiendo datos a la central y recibiendo instrucciones a partir de ese input. El *hardware* es oneroso [autos, radios, *handies*, centrales], y sigue siendo de hecho un símbolo de inversión del estado, junto con la creación de hospitales y escuelas. De allí el supuesto valor inherente, por su carga de modernización y profesionalización, de los comandos radioeléctricos. El *software* de ese hardware era la fuerza policial. Un momento vanguardista [en sentido militar] de la policía como dispositivo de captura de datos, y no sólo de cuerpos, que se licuó con la expansión de la computación ubicua. Ésta supuso el pasaje de la vigilancia estatal a la vigilancia distribuida, y el fin del monopolio estatal de la vigilancia. Con todo, hay una línea directa de ser subido a un celular, a que registren con un celular como te suben al móvil.

Encriptar la diferencia de clase

Lo que apunta Taylor respecto del daltonismo puede entender como un nuevo corrimiento de la apropiación de los comunes: la forma de captura de esa riqueza

son la causa de estar en una "situación" de criminalidad, *ibíd.*, p. 125. De fondo, podría pensarse que ser objetivo de guerra deviene una cuestión más posicional que esencial.

Con otros matices, la guerra contra el Narco, en México y Colombia o las variantes de la guerra contra las drogas en el resto de América latina replican, con sus particularidades, el diagnóstico de Taylor sobre la relación del policiamiento de sectores populares con gentrificación urbana. A los que cabría agregar la expansión del agronegocio y otros proyectos extractivos.

10. Una historia minuciosa de como el dato deviene síntoma de la neurosis neoliberal y objeto de deseo de la gestión de los territorios puede encontrarse en Juan Pablo Duarte, *The Wire. La serie-síntoma*, Editorial de la UNC, 2020. Asimismo, cabe prestar atención a que, cuando no se "cocinan los datos", cuando estos no han sido "contaminados" por agentes humanos, persisten dos riesgos característicos del análisis maquínico: la hiperconfirmación por los sesgos inherentes a los propios sistemas de procesamiento de datos y la alucinación estadística que señala el desacople del territorio explorado y el mapa algorítmico que se quiere producir. Cfr., Matteo Pasquinelli y Vladan Joler, "El nooscopio de manifiesto: La inteligencia artificial como instrumento de extractivismo del conocimiento", *La Fuga*, 25, <http://2016.lafuga.cl/el-nooscopio-de-manifiesto/1053>.

tiene que ver con la captura de los datos. O, dicho de otro modo, del procesamiento de las posiciones y trayectorias en el mapa. Y es aquí donde la capilaridad del celular como artefacto de extracción gana una centralidad inusitada.

Cerraré este ensayo con dos situaciones paralelas indicativas de las modificaciones en el mundo del trabajo propias del momento en que la extracción de plusvalía ya no puede efectuarse, fundamentalmente, en la fábrica. La primera: la mutación de la investigación criminal por la proliferación de celulares, presentadas de manera sumamente sutil y compleja en las temporadas primera y quinta de *The Wire*. La segunda: la relación entre logística y políticas sindicales en la figura que hoy llamamos *delivery*, y antes motoquero, entre el 2001 y la pandemia en Argentina.

Si se acepta la hipótesis de una continuidad entre policía y empresas de telecomunicaciones como dispositivos reticulares de captura de datos y cuerpos, me interesa pensar cómo se reconfigura lo político en las modalidades de resistencia, disputa y conflicto propias de los teatros de operaciones que estos dispositivos instauran. *The Wire* fue estrenada precisamente entre 2002 y 2008, es decir en el periodo de transición de la centralidad de la guerra contra las drogas a la de la guerra contra el terror. El mayor mérito de la serie es su crítica descarnada a dos políticas públicas concomitantes: el acoso policial a las poblaciones afroamericanas y el culto de las estadísticas. En ese estado de situación, la serie escenifica el fracaso de agentes de las instituciones para implementar políticas criminales diferentes, así como retrata la imbricación de niveles y dimensiones de las economías del narco. La complejidad y riqueza de la serie no se agota aquí, pero en cada temporada, distintos dispositivos de comunicación se vuelven el teatro de operaciones del conflicto entre el aparato del estado y las diferentes máquinas de guerra que aparecen en la serie: el narco, los medios, los partidos políticos, la economía informal, el desarrollismo inmobiliario, y los sindicatos.

En el caso de la primera temporada, el nudo de la trama está dado por el intento de mapear la estructura del narco en los barrios populares de la ciudad por parte de detectives que consideran que la política de hostigamiento es inconducente. En esa temporada, McNulty y el equipo que logra conformar todavía operan dentro del aparato del Estado, obteniendo fondos para la operación de escucha y vigilancia que da título a la serie: un *wire* es, en la jerga policial, una pinchadura. Esto es, la realización de escuchas con fines de investigación, o, en otros términos, la vigilancia como *input*, como captura de datos. Y es allí donde se configura el nuevo teatro de

operaciones: las estructuras criminales también funcionan de manera codificada. Disputar con éstas implica romper el código, des-cifrar, no solo captar la señal. Hasta hace muy poco, el *handy* policial operaba en una radiofrecuencia restringida, pero quien dispusiera de un receptor de radio podía interceptar sus comunicaciones, que por otra parte también estaban altamente codificadas (como parte de la lógica de minimización del ruido propia de la comunicación radiofónica, otra herencia de las tecnologías militares). Como señalé antes, la radiofrecuencia forma parte sustancial de la logística del despliegue de los agentes en el terreno.

Pero otros actores, en este caso las organizaciones narcocriminales, también se despliegan en la ciudad y organizan sus propias logísticas para coordinar puntos de venta, distribución de mercadería, pago de salarios y levantamiento de recaudación. Como el narco no puede operar en el espectro radiofónico, debe organizar una comunicación para su logística que al mismo tiempo no pueda ser interceptada, debe poder cifrarla y descifrarla. En la primera temporada, lo hace a través del *beeper* o *pager* que virtualiza y encripta las comunicaciones entre los miembros de la organización de Avon Barksdale. Se trata de dispositivos de transmisión de texto relativamente obsoletos para el periodo, cuando ya existía el teléfono celular. Pero su función no era allí transmitir información sino, apenas, brindar un input a ser decodificado por los tenientes de la organización, a cargo de la logística del almacenamiento y distribución de las dosis. Si el cuerpo de policía era el *software* para el *hardware* del comando radioeléctrico, aquí ocurre algo similar, el *beeper* es el *hardware*, y el *software* son los supervisores de las esquinas que controla la maquinaria de guerra del narco. Así, al realizar el seguimiento en terreno, McNulty y su equipo detectan que, tras recibir un mensaje de texto en el pager, los supervisores hacían llamados desde distintos teléfonos públicos (más difíciles de alcanzar por la intervención telefónica). Así, intervenir los *pager* de los jefes de esquina no resulta útil, la intervención captura números que no se corresponden a teléfonos en servicio. La organización de Barksdale se asume vigilada, entiende que su teatro de operaciones es la red de comunicaciones, que su disputa central ocurre allí, y encriptándose logra permanecer invisible y prosperar. La esquina, donde se vende, no es la base del negocio, no se trata fundamentalmente del territorio sino de los flujos, de la logística.

La pregunta que angustia a los investigadores a lo largo de la temporada es cómo la tropa de calle cooptada por la organización, compuesta por jóvenes que han abandonado tempranamente el sistema educativo, puede gestionar esa complejidad, cómo logran ejecutar un algoritmo de encriptación tan complejo que ellos no pueden

romper. La respuesta llega en el quinto episodio, cuando el oficial Pryzbylewski se da cuenta de que el código es visual, solo se trata de saltar el botón del cinco en el teclado numérico de los teléfonos. Una serie muy sencilla de pasos, que además están físicamente a la mano, permite encriptar y desencriptar los números a cualquiera que conozca el procedimiento. Al romper el código, se puede intervenir sobre la logística y desmontar, temporariamente, la organización. Lo que ilustra esta temporada de la serie, al margen de la crítica a la lógica del hostigamiento policial y a la fabricación de estadísticas policiales con fines políticos y mediáticos, es que el incipiente ciberespacio de los *paggers* es, como lo señalaría luego la OTAN, un nuevo teatro de operaciones.

En la quinta temporada se produce dos saltos cualitativos en ese teatro: el celular con cámara ha reemplazado al *pager*, y la mucho más joven, brutal y despiada organización de Marlo Stanfield ha desplazado a la de Barksdale. Además de escenificar la deriva financiera de la captura de recursos de los sectores populares por parte del narco, esta temporada permite revisar el pliego sucesivo de territorio y ciberespacio. A esta altura de la serie, los recortes en gasto público impactan de lleno en el financiamiento de la institución policial, cuyos resultados se ven seriamente afectados por el desacople de entre la alucinación estadística que se informa periódicamente a las autoridades municipales y la prensa, y la violencia creciente en el territorio. Por ello, el propio grupo de detectives liderado por McNulty deviene máquina de guerra. A falta de escucha por parte de las jerarquías del aparato del estado, se autonomizan, creando la ficción de un asesino serial de indigentes que llama a periodistas para justificar los fondos para las escuchas que usarán para seguir investigando la estructura del narco.

Sin embargo, la logística del grupo de Marlo presenta una variante más compleja de la imbricación entre ciudad y ciberespacio como teatros de operaciones superpuestos: al escuchar las conversaciones de Marlo y sus tenientes los investigadores sólo oyen conversaciones casuales y algunas extrañas llamadas silenciosas. Con el paso de los episodios descubren, vigilando a la distancia, que tras esas llamadas silenciosas los investigados observan las pantallas en lugar de hablar y descubren que la nueva infraestructura logística es imagética: la organización de Stanfield intercambia fotos. La necesidad de disponer de equipos para capturar los archivos de imagen enviados desde los celulares fuerza a la máquina de guerra de McNulty a extremar su apuesta, el falso asesino serial de indigentes se transforma en un falso secuestrador de indigentes que envía sus imágenes a la prensa.

Eso permite capturar el intercambio de un código más sofisticado, que organiza una logística territorial más compleja: las imágenes son imágenes de relojes de agujas, que la tropa de Stanfield, en tanto *software*, interpreta. Sin la referencia, las posiciones de la hora, el minuterio y el segundero son puro ruido, hasta que logran descifrar las referencias: número de página de la guía de calles, latitud y longitud. De nuevo, la disputa se resuelve en la logística que, a su vez se resuelve en la pantalla de los celulares, en una curiosa forma de ofuscamiento de datos o de apropiación tecnológica por parte de la organización de Stanfield.¹¹

Como ha señalado de manera muy aguda John Kraniauskas, el límite absoluto de *The Wire* es la financierización.¹² De hecho, en la serie los investigadores nunca llegan a descubrir a "los griegos", los proveedores de la heroína sin cortar, es decir, el nodo fundamental de esa logística; ni tampoco a afectar a los desarrollistas de bienes raíces, donde se efectúa la reapropiación de los comunes, escenificada en la gentrificación de puerto como departamentos con vista al mar y en la demolición de los *projects*, la vivienda popular, que desplaza también de su territorio a los narcomenudistas. Pero, al menos, permite entender la imbricación de la logística y las telecomunicaciones como escenario de la guerra generalizada contra (y entre) las poblaciones. *The Wire* introduce de manera elocuente al celular como un nuevo teatro de operaciones, cuya centralidad, desde 2002 a 2022 no ha hecho más que crecer.

El delivery como vanguardia política

Así como septiembre de 2001 marcó un clivaje en la geopolítica (y redefinió el mapa de guerras), diciembre de 2001 también fue un clivaje en la guerra neoliberal contra las poblaciones. Una derrota momentánea, quizás, o una pérdida de posiciones. De las jornadas del 19 y el 20 se ha escrito mucho, pero querría visitar un aspecto a partir de la lectura de la logística en clave táctica: el rol de los entonces llamados motoqueros, durante el fallido estado de sitio y en las manifestaciones

11. La idea de desobediencia tecnológica ha sido muy estudiada en América latina, en relación a las artes, pero también a los procesos de resistencia política y al hackerismo. Cfr. Leonardo Ribeiro da Cruz y Rafael Evangelista, "Desobediencia tecnológica", *Glosario de Filosofía de la Técnica*, La Cebra, 2022, pp. 144-148. Aun es tarea pendiente, tanto para una filosofía política como para la filosofía de la técnica, realizar un trabajo de reflexión sobre la reapropiación tecnológica y la innovación técnica en el marco de máquinas de guerra como las del narco o de insurgencias como las del fundamentalismo islámico.

12. John Kraniauskas, "Elasticity of demand: Reflections on *The Wire*", *Radical Philosophy*, 154, Mar/Apr 2009, pp. 25-34.

previas a la renuncia de De La Rúa.

La figura del motoquero es, de algún modo, contemporánea al momento de pasaje del patrullero al celular, una suerte de paleológica de la economía de plataformas. Durante el agotamiento del modelo de la convertibilidad, dos modalidades de trabajo precario se consolidaron como correlato del proceso de reprimarización de la economía: la remisería y el motomandado (y, en menor escala, su primo mayor, el flete). Ambos rubros se enmarcan en un giro mayor desde el modelo de empleo fabril hacia la prestación de servicios como forma de empleo masivo. Tal giro se corresponde con la creciente centralidad de la logística. Así como el patrullero funcionaba como el principal dispositivo de recolección de datos en el territorio, el motomandado fue un momento de ensayo de la logística de Mercado Libre y de la uberización por venir. Las mediaciones, los primeros *hardware* rústicos, eran las centrales de las remiserías y las modestas empresas de mensajería. Esta infraestructura de distribución de trabajo luego sería cooptada por aplicaciones gestionadas por corporaciones digitales que avanzaron ante la incorporación del celular como dispositivo coordinador ubicuo. En una lectura retrospectiva uno de los últimos cooperativistas del motomandado señala que,

"[e]l avance de la tecnología nos pegó como lo hizo al peón rural a mediados del siglo veinte. La mensajería tradicional ya se ha reemplazado por un celular cualquiera", dice Vianberg. Antes de la pandemia, en 2019, los socios estaban preocupados por el impacto de las plataformas de reparto sumado a las TICs y varios pensaban en dejar el rubro. La cuarentena les dio un giro rotundo: trabajaron como hacía tiempo no lo hacían y se posicionaron como proveedores.

Vainberg dice que ser motoquero en una cooperativa es tener compromiso, estudiar la geografía del conurbano y realizar tareas que benefician al colectivo por sobre el interés individual. "Si eso no te interesa, andá a Rappi nomás".¹³

Que esa logística sea un espacio de disputa política por parte de sectores coo-

13 Gabriela Figueroa, "Esas motos que van a mil", *Crisis*, 50, diciembre 2021-febrero 2022, p. 69.

perativistas da cuenta de uno de los fenómenos emergentes de las formas del capitalismo actual: la circulación y el tráfico como nuevos comunes a ser cercados. Y que las cooperativas sean máquinas de guerra que todavía disputen esos cercamientos resulta también indicativo.¹⁴ Así como las organizaciones de Barksdale y de Stanfield se apropiaban y subvertían la infraestructura de la telefonía celular, los eventos del 19 y el 20 de diciembre de 2001 tuvieron a las incipientes organizaciones sindicales de motomandados como punta de lanza contra el aparato del estado, precisamente porque su ámbito es el de la pura táctica, y por ser, acaso, una de las pocas organizaciones que poseía capacidades logísticas en la revuelta, saberes tácticos similares a los que serían desplegados en revueltas posteriores como en el estallido de Chile en 2020 y 2021:

La prensa no les prestaba atención hasta que se convirtieron en la primera línea de la lucha durante la represión del 19 y 20 de diciembre de 2001. Su territorio natural era [sigue siendo] la city porteña [...]

Hay registros fílmicos, fotografías icónicas y largos testimonios en documentales, que muestran cómo, en medio de las corridas y los gases, fueron los motoqueros quienes hicieron retroceder a la policía. Formaron círculos en las laterales de la Plaza de Mayo, se erigieron como barrera entre los manifestantes y la montada, arremetieron con oleadas de piedras que llevaban en los cascos, rescataron heridos de golpes y balas, incluso algunos fueron detenidos. Y lloraron la muerte de un compañero -Gastón Riva, de 31 años- a manos de las fuerzas de seguridad.¹⁵

En esa primera línea se configuraba conocimiento del terreno, capacidad de coordinación y cantidad de cuerpos, un saber logístico opuesto al del radio comando. Y que aún hoy sigue disputando contra la privatización de la logística.

14. Algunos avances incipientes en ese sentido han sido presentados por Ezequiel Gato y Juan Pablo Hudson, "¿Por qué no una economía popular de plataformas?", *Crisis*, 12 de mayo de 2020, recurso web.

15. Figueroa, op. cit., p. 66.

Conclusión: Computar la guerra

No se trata de romantizar coyunturas particulares, sino de leer su tecnicidad en clave política para entender cómo se configuran los nuevos territorios en disputa, que no son sólo físicos sino también virtuales y psíquicos, identificar los nuevos comunes que quieren ser cercados e interpretar cuáles son los nuevos teatros de operaciones a los que se llevará la guerra. En suma, el objetivo de este ensayo fue esbozar, a partir de dos conceptos y dos escenas, la centralidad de la computación ubicua, materializada en el artefacto "celular", como uno de los aspectos centrales de la generalización de la guerra, a partir de la expansión de la logística a todos los ámbitos de la vida social. Esto no implica aceptar la tesis tecnofóbica de los Tiquun que ve en la hipótesis cibernética la concretización del proyecto neoliberal,¹⁶ sino poder expandir el concepto de guerra para así poder repensarla.

Que el funcionamiento de los dispositivos que instrumentan la logística actual en tiempo real mediante la computación ubicua dependa del litio es sumamente indicativo de la imbricación entre computación ubicua y recursos naturales. Y por ello es parte constitutiva de las nuevas disputas estratégicas del capital y de las grandes potencias.¹⁷ Almacenamiento energético y codificación/decodificación aparecen como los sustratos concreto y abstracto que coexisten en la deriva hacia el cálculo como un nuevo criterio de ordenamiento de las sociedades. Lo que viene después, la continuación de la gubernamentalidad neoliberal, siguiendo a Verónica Gago, es "un conjunto de saberes, tecnologías y prácticas que despliegan una racionalidad de nuevo tipo que no puede pensarse sólo impulsada 'desde arriba'"¹⁸. A partir de la

16. Tiquun, *La hipótesis cibernética*, Hekht, 2016.

17. Como bien lo resumen Julián Zicari, Bruno Fornillo y Martina Gamba: "En líneas generales, el aumento sostenido de la comercialización del litio es un indicador de la consolidación de las baterías de litio como tecnología de acumulación electrónica privilegiada en el mercado mundial", "El mercado mundial del litio y el eje asiático. Dinámicas comerciales, industriales y tecnológicas", *Litio en Sudamérica. Geopolítica, energía y territorios*, El Colectivo/CLACSO, 2019, p. 56. Si bien excede el presente trabajo, los estudios sobre digitalidad están incorporando las dimensiones económicas y ecológicas de los aspectos materiales constitutivos de las tecnologías digitales. En línea con ese giro metodológico, considero que una lectura del ciberespacio como teatro de operaciones debe incorporar también la cadena de valor del hardware y del software (desde los satélites y los cables submarinos hasta los sistemas operativos y aplicaciones) que conforman la infraestructura de la logística neoliberal, así como de los proyectos políticos, tanto a nivel macro como micro, que pretenden disputar su hegemonía. A propósito de esta cadena, véase la sistematización propuesta por Mariano Zukerfeld, "Todo lo que usted quiso saber sobre Internet pero nunca se atrevió a googlear", *Hipertextos*, 2(1), pp. 64-103.

18. Verónica Gago, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Tinta Limón, 2014, p. 9.

apuesta epistemológica de la editorial Tinta Limón y su *Mapa de Guerras*,¹⁹ mi intuición es que entender ese conjunto de saberes, tecnologías y prácticas como una logística permitirá leerlo en clave de guerra. La computación ubicua, la forma actual de la cibernética, es su rasgo distintivo, un dominio transversal a todos los demás dominios [más incluso que mar, tierra, aire y espacio, aunque los implique a todos], escenificado en el celular, a la vez mapa del teatro de operaciones y camino para acceder al mismo.

19. Mapa de guerras: el catálogo editorial como producción de conocimiento político-militante es una diplomatura superior dictada por el colectivo Tinta Limón en CLACSO. Recurso web. Este ensayo se produjo como trabajo en el marco de su primera cohorte.